

MISCELÁNEA

MISCELLANEOUS

ALGUNAS NOTICIAS DE DON MARTIN DE HIRCIO

En el último estudio sobre los hermanos Pedro y Martín Hircio, debido a la pluma infatigable de don José María Lope Toledo (1), se transcribe la frase de Constantino Garrán: «Es lástima que no tengamos más noticias de los Hermanos Hircio»; y en verdad que son escasas las que han llegado a los historiadores riojanos; ese estado de cosas me anima a dar cuenta de las pocas más que conozco.

Don Artemio de Valle-Arizpe, doctor en Derecho, historiador, Cronista de la Ciudad de México, viajero infatigable, representante de su país en varios de Europa y América, literato de estilo elegante, poético, castizo y riquísimo, alcanzó con sus obras, traducidas a distintos idiomas, merecida fama de divulgador de temas históricos.

En su primorosa obra *Virreyes y Virreinas de la Nueva España*, que es un puro deleite para el espíritu, dedica el capítulo segundo, aunque él no los numera, que titula «Del dicho al hecho», a contar las desventuras de la viuda de don Martín de Hircio; es una pena que ese capítulo sea de los más cortos del libro; no obstante, aparecen algunas noticias del conquistador y su familia, y, lo que es más interesante, pone en la pista de documentos que, si aún existen, podrían ser localizados por los eruditos riojanos residentes en México, y seguramente en ellos constarán noticias inéditas del riojano ilustre.

Ya sabe el lector que don Martín de Hircio y su esposa, doña María de Mendoza, hija del Conde de Tendilla, tuvieron dos hijas, doña María, que casó con don Luis de Velasco, virrey de la Nueva España, y doña Leonor, que lo hizo con don Carlos de Arellano, mariscal de Borobia. Pues bien, De Valle-Arizpe se ocupa de doña María de Mendoza y su yerno, el Virrey don Luis, aunque en el relato aparecen otros personajes, entre los que destaca don Martín de Hircio, al que el historiador mejicano trata con el máximo respeto. Y como sería un desafuero que mi mano pecadora tronchase el estupendo relato, ahí va tal y como salió de la pluma privilegiada del doctor Artemio de Valle-Arizpe:

(1) Cfr. *Presencia y acción de la Rioja en América*. «BERCEO», número XLIX, págs. 419 y sigs.

«DON LUIS DE VELASCO, marqués de Salinas del Río Pisuerga, «esplendor generoso de señores», tenía el prestigio de la honradez, del orden, de la elegancia. Sus trajes negros, sobrios, con adornos de raso sin brillo, con opacos alamares y al costado brillando el púrpura vivo de la cruz de Santiago; sus trajes resaltaban dondequiera, al igual que en cualquier conversación la gracia fina y sutil de su palabra, estremecida a menudo con la risa. Su vida estaba llena de alegre desparpajo; él la tomaba sin gravedad, sin prejuicios, sin vestirla de negro, sin colgarle rígidas, tétricas hopalandas, sin envolverla en desgarradores salmos penitenciales; para él la vida era pureza, contento, sano y fuerte, armonía, gracia serena. Si entraban dolores en ella, bien venidos esos dolores; pero no iba a buscarlos don Luis para que la presidieran y para que la rigiera la austeridad. Para él todo era fácil, sencillo, claro, lleno de luz. Todas las cosas tenían para su exquisita sensibilidad un encanto luminoso. Era una exaltación y un salmo su vida. Se atraía a la gente por el cariño, no por el temor; esto se lo traspasó en herencia su padre, el viejo virrey don Luis, y también de él heredó el afecto, la cordialidad y el afán noble de engrandecer a México, a quien tenía por su patria, aunque vino a la vida en Carrión de los Condes.

El abrió su primer paseo en el extenso terreno llamado tianguis de Juan Velázquez, propiedad de este indio. Frente a la ermita de la Santa Veracruz mandó «que se hiciese una alameda... para que se pudiese en ella una fuente y árboles, para que sirviese de ornato a la ciudad y de recreación a sus vecinos». Su primera empresa en el gobierno fué la decidida protección a las industrias del país, y dispuso que se abrieran y que se pusieran en activo trabajo todos los obrajes para hilados y tejidos de lana que el virrey don Antonio de Mendoza había hecho establecer con muy buen acuerdo, pero que por constantes intrigas y empeños de los comerciantes españoles habían permanecido cerrados y paralizados, porque esta industria perjudicaba, o, al menos, les estorbaba en sus ganancias. Hizo por México infinidad de cosas buenas, excelentes, don Luis de Velasco, y desde que fué regidor de su Ayuntamiento se empeñó con noble tesón por engrandecerlo. Todo lo quería subir a más luz. Siempre tuvieron prósperos y felices fines sus cosas. Todo lo que ejecutaba iba enderezado al provecho de la ciudad.

Pero este hombre comedido, atento, exquisito, flor pura de gananía, tenía una suegra. Suegra, ni aun de azúcar es buena,

reza un refrán, y otro, tan sabio como éste, pregona que la mejor suegra, la túnica negra; es decir, por quien se lleva luto porque ya no existe la tal señora. Pero a don Luis de Velasco no le mortificaba en nada su suegra, doña María de Mendoza, sino que esta señora era quien las pasaba muy negras con el trato de perros que le daba a diario el afable, el cordial don Luis. Uno era este señor para los de afuera y otro bien distinto para los de casa. Siempre estaba con doña María de Mendoza metido en contradicciones largas; andaban los dos en demandas y respuestas que fueron a parar hasta el Consejo de Indias, después de haber salido ambos a la disputa en los estrados de la Real Audiencia. Con doña María de Mendoza solamente buscaba su logro el comedido Virrey. El arzobispo don fray Alonso de Montúfar quiso más de una vez ponerlos en paz y no lo logró, ni tampoco pudo sosegarlos el uncioso Obispo de la Nueva Galicia, doctor don Alonso Mateo y Escobar.

Martín de Ircio, antiguo conquistador y encomendero de Tepeaca, fué el marido de doña María de Mendoza, y una hija de ambos, María también de nombre, era la mujer del segundo don Luis de Velasco. Martín de Ircio hizo minucioso testamento, estableciendo «vínculos, mandas, con sus condiciones, constituciones y restituciones», y creó un rico mayorazgo con parte de la herencia de su mujer y de las legítimas de sus hijas; entraban además en ese mayorazgo todas las casas y tierras que poseían en México, y «el ingenio de *Atulizaba*, y las haciendas y estancias que en diversos puntos del país eran parte del caudal hereditario». Pero don Luis se oponía sistemática y terminantemente a todo, sin oír razones, y después de obligar a la fuerza a su suegra a que firmara una extensa escritura de transacción, tampoco quiso cumplir después lo que la hizo pactar solemnemente bajo firma de escribano; y entonces doña María le puso pleito con razón, y Velasco, con el poder que tenía, se empeñó en que no se le aclarara la justicia a su suegra, y, como era natural, lo consiguió, y hasta le estorbaba con hábiles intrigas que ningún abogado aceptase su defensa, y por eso doña María de Mendoza se quejó de «que, queriendo asegurar la hacienda para sus descendientes, el dicho don Luis le había hecho fuerza, que viéndose viuda y sola y sin ningún favor ni quien le acuda, por vedarlo su yerno, ha tenido que ir por su propia persona a los tribunales y audiencias a pedir su justicia y a defenderse sin ofender a nadie, como era público».

... Pero el poderoso Virrey hacía con toda facilidad que los

jueces y oidores, a pesar de que su suegra «hacía mucho tiempo que quería acabar pleitos», la llenase de dificultades cada vez más grandes. Así ella escribe que «movía don Luis muchas veces concertos y al tiempo del efecto no quería ya concluir cosa, y como tenía todos los bienes indebidamente retenidos en su poder, tenía inteligencia para que los jueces y todos piensen que por mí queda y por ello se indignan de mí, y sabe Dios que no es así, y su ánimo no es nunca de concertos, sino de que por estas vías entretener indefinidamente los negocios y que se pase el tiempo oportuno en que yo pueda probar y los jueces sentenciar procesos, y así padece mucho mi justicia».

No solamente se negaba el virrey Velasco a cumplir las condiciones que tenía capituladas en las diversas minutas, haciéndole muy poco honor a su palabra de caballero, de que gozaba fama, y las que obligaba a firmar a doña María de Mendoza, sino que hasta a su misma mujer la tenía muy atemorizada, encerrada en prohibiciones terminantes y, además, con espías de cien ojos la vigilaba para que no se comunicase nunca ni con la madre ni con persona alguna que la pudiera aconsejar. Doña María asienta en un largo memorial al Supremo Consejo de Indias que «don Luis le prometió por escritura no sacar jamás de la compañía materna a su hija doña María mientras ella viviese y no lo cumplió; para tener libertad ambas para ayudarnos a nuestras necesidades y porque la dicha hija ahora está sin libertad que aun escribirme ni recibir letras mías no puede, ni oír a persona que le pueda avisar de lo que lo conviene».

Todo esto se sabía bien y con detalles minuciosos en todo México; no podía quedar oculto. La malignidad estaba mordiendo, satisfecha, al Virrey. Todos le daban buen filo a la lengua para cortarle el crédito. Los enemigos suyos fomentaban sospechas e imaginaciones en su contra y le roían con toda complacencia la fama. Los lacayos, pajes y camareras divulgaban, de escaleras abajo, lo que veían, lo que escuchaban: los llantos de la Virreina, las violentas y feroces cóleras del Virrey, que quería arrastrarle la voluntad en contra de su madre, y que ella se resistía, y que si llegaban visitas se empeñaba en hacerla cantar tonadillas y canciones entre los sollozos de su fatiga. La hacía vestir galas sobre su corazón enlutado, y la pobre señora tenía que hacer de alegre estado, reventando de tristeza. También los sufrimientos de doña María de Mendoza se esparcían por la ciudad, y hacia ella iba la muda compasión

de toda la buena gente, unida en común imantación hacia su pena, a llevarle su efusiva simpatía y su piedad.

Las cosas iban de más a mayores. El Virrey estaba cada vez más intransigente a un arreglo, más decidido a apropiarse lo que no le correspondía; los bienes de su suegro Martín de Ircio deseaba a todo trance incorporarlos a los suyos propios, sin cumplir lo que él ordenó en su testamento; lo mejor quería arrebatarlo a la viuda del valiente conquistador. Las capitulaciones que un día firmaba, sacando grandes provechos, luego se negaba a cumplirlas, pues quería que se le diesen otras ventajas mayores, y si aun se le concedían estas ventajas para ponerle fin a aquel interminable negocio, todavía así se oponía a llevar a efecto lo pactado, porque anhelaba otras nuevas ganancias que perjudicaban más a su suegra.

Una tarde la fue a ver para constreñirla y obligarla a nuevas obligaciones. La encontró escribiendo su memorial para el Supremo Consejo de Indias en que manifestaba que don Luis «todo lo que le había pedido había sido contra conciencia y contra la voluntad expresa de su marido Martín de Ircio», y que para dar sus pruebas libremente y para que se las tomaran en cuenta y no se las destruyesen, según costumbre, pedía que «se pongan los escribanos en una parte presos y que un alguacil les traiga los testigos correspondientes y se hagan así las probanzas para que ya no haya más lugar a pleitos...», y que el secretario fuera ante ella con dos escribanos y con seis testigos para recibir las escrituras y libros que en su poder estaban, y que se le deje recado de cómo los recibe». Bufó de coraje el Virrey y hasta echó espuma sanguinolenta al leer estas y otras cosas en el papel que le arrebató a doña María, quien, a su vez, se lo quitó para que no se enterase de más; pero don Luis quiso recuperar el pliego y forcejeó con ella, que, defendiéndose, le decía a toda voz no pulidos losonjas, sino verdades que contenían nombres pascuales; y él, rechinando de enojo, la cargaba de injurias. En esto oyeron voces en la antecámara; la palabra del Arzobispo sobresalía enérgica. Don Luis y doña María la reconocieron; se negaban los lacayos a franquearle el paso, según las terminantes órdenes que tenían de Su Excelencia. Doña María alzó su voz gimiente, afligida, pidiendo favor.

Ya iba a entrar el Ilustrísimo Señor don Fray Alonso de Montúfar, cuando salió de la estancia don Luis, afable, sonriente, muy reposado; se inclinó ante Su Ilustrísima con elegancia, con una suprema y perfecta cortesía, a la vez rendida y altiva;

le tomó con suavidad insuperable la mano y le besó la amatista del anillo, y haciendo luego ademanes sobrios, mesurados, le dijo agradables lisonjas, excusándose de tener que dejarlo porque lo llamaban inaplazables ocupaciones. Salió don Luis de la habitación muy lento y sonriente; pero el Arzobispo vió que se limpiaba la sangre que tenía detenida en una mano.

El Ilustrísimo don Fray Alonso de Montúfar, con porte grave, entró en la estancia y encontró en ella a doña María de Mendoza sentada en el suelo; tenía las manos desfallecidas sobre el regazo, la cabeza inclinada. Su justillo estaba desgarrado; lloraba en silencio la pobre señora; de su frente salía sangre, que iba a unirse al manso hilo de sus lágrimas. Junto a ella se hallaba, tirado sobre las rosas de la alfombra, un grueso candelero de plata; entre sus labradas filigranas había sangre también. La doliente señora alzó la cabeza, y por entre el velo de sus lágrimas distinguió la silueta morada y elegante del Arzobispo, junto a la puerta, alzando el pesado cortinón de tapicería. Un reloj, oculto entre la sombra de un rincón, lanzaba en el silencio su persistente y familiar tic-tac, y con él iba glosando el llanto acongojado de doña María.

F. FZ. DE BOBADILLA

EL SUELDO DEL MARQUES DE LA ENSENADA

Todos los historiadores dedican los mayores elogios al ilustre riojano don Cenón de Somodevilla. El Padre Isla dijo en 1752 que era el mejor ministro que había conocido la monarquía desde su fundación; añadiendo Opisso allá por el año 1918, después de hacer suya aquella afirmación, que hasta entonces no hubo quien lo superara; creo que no es aventurado afirmar que tampoco ha existido después.

Peró junto a esos elogios, los historiadores suelen añadir que era hombre fastuoso; que en ocasiones llevaba joyas que valían tanto y cuanto; que hasta Fernando VI llegó un día a extrañarse del deslumbrante traje que usaba... y como era de humilde origen, noticia que también se prodiga para encomio de sus méritos, sin duda no pocos lectores sacarán la conclusión